

HACIA UNA ETICA DEL CONSUMO

La industria chilena es un patrimonio nacional que nos enorgullece, es el resultado de medio siglo de esfuerzo y creatividad acumulados por trabajadores, técnicos y empresarios de nuestro pueblo.

Con niveles variables de calidad, más o menos eficiencia y competitividad, ella ha sido capaz de abastecer al consumidor nacional prácticamente en todas sus necesidades, ya sea con materiales integralmente elaborados o ensamblaje local de partes y piezas importadas. En particular, la industria de la construcción revela un espectro de producción completo para los requerimientos de la edificación moderna. Algunos productos como es el caso del hierro, la madera, el cobre, el cartón-yeso, el asbesto-cemento, etc. pueden competir honorablemente en cualquier parte del mundo, si no por una alta tecnología de ejecución al menos por la calidad intrínseca de su materia prima.

Por efecto de una política económica que ha negado la más elemental protección a nuestra industria y abierto el inestable mercado nacional a la penetración de toda suerte de mercaderías importadas —por lo general de técnica más sofisticada o más bajos costos de producción, cuando no directamente bonificados desde sus países de origen— todo este patrimonio laboriosamente adquirido, hoy se está destruyendo. Y junto con él las fuentes de trabajo para las masas obreras, técnicas y profesionales. El llamado régimen de economía abierta, unido al cambio estabilizado y los altísimos intereses del crédito interno están provocando esa catástrofe. Asistimos día a día a la quiebra y desaparición de las más importantes industrias nacionales, mientras resisten algunas en precarias condiciones financieras y otras se convierten, paradójicamente, en importadoras de la línea de sus propios productos, luego de cerrar sus plantas de producción.

Se dice, en defensa del sistema, que el usuario tiene derecho a gozar de la mejor calidad y precios que puedan ofrecerle productos de cualquier parte del mundo, en libre competencia unos con otros. Ciertamente, esta posibilidad es deseable, pero solo puede ser aprovechada a condición de disponer de trabajo e ingresos estables, premisas fundamentales en que debería basarse una política económica.

También se ha destacado, con algún fundamento, el desafío de modernización representado para una industria nacional técnicamente atrasada y conservadora por la seguridad de un mercado protegido, su obligación de hacer frente hoy a competidores que le aventajan en diseño, factura y calidad. Sin embargo, la experiencia chilena demuestra que si las importaciones se dirigen hacia mercaderías manufacturadas antes que a bienes de capital y los mercados son débiles y no bastante estables para amortizar inversiones a largo plazo, la industria local, lejos de progresar, se excluye. Y esa exclusión significa dependencia tecnológica absoluta y consecuente vulnerabilidad económica.

Es cierto que los arquitectos hemos dado la bienvenida a la posibilidad de incorporar a la obra el bello mosaico extranjero o el bruido acero inoxidable importado que nos negara, por muchas décadas, la producción nacional. No sólo por afán de perfección sino como una gran experiencia de trabajo profesional al mejor nivel posible. Pero esta atractiva arma de dos filos revela su real significado cuando nos percatamos, por ejemplo, que gran parte de la producción nacional de insumos de la construcción hoy ha desaparecido y que nuestra industria de prefabricación, tan necesaria para afrontar los problemas de vivienda masiva, ya no existe por haberse visto además huérfana de una política sectorial que la fomentaba.

Por otra parte, el mercado consumidor constituye un fenómeno socio-cultural más complejo que lo expresado por simples relaciones econométricas, como lo demuestra la importancia de la publicidad y educación de la masa consumidora en la demanda de productos. En ese aspecto, el cliente nacional se decide muchas veces por imitación, moda o mito hacia bienes importados, desconociendo su real calidad. Sólo en un medio como el nuestro, de gran apetencia tecnocrática, se produce, por ejemplo, el contrastante de preferir lo sintético a lo natural, la fibra acrílica a la lana animal, la melamina a la madera, el metacrilato a la porcelana. Esto devalúa productos que en otros mercados se estimarían nobles, por razones culturales antes que económicas.

Si no estamos en condiciones de modificar decisiones económicas que, a nuestro juicio, llevan a la liquidación de la industria propia y hasta de la artesanía; sí podemos, en cambio, influir y luchar en favor de una modificación de aberrantes modos de consumo mediante la difusión del concepto de "calidad" y, sobre todo, apelar a una ética del consumidor capaz de valorar y defender las fuentes de trabajo del chileno.

Tal objetivo, aunque parezca ilusorio, ya ha comenzado a cobrar realidad. Los industriales han formado una vasta organización llamada "**Campaña pro defensa de la Producción y fuentes de trabajo de los Chilenos**", la que está creciendo día a día en importancia y gravitación, por el apoyo entusiasta de numerosos sectores de la industria nacional y sus gremios de trabajadores. Aún cuando todavía no define completamente sus programas y modos orgánicos de acción, es obvio que este movimiento está llamado a alcanzar la fuerza incontenible de una lucha de subsistencia.

Como todo el país sabe, en el sector de la construcción se da con más violencia el devastador efecto de la recesión. Esta industria, virtualmente paralizada, alcanza ya niveles de desocupación que bordean el 40% de su fuerza de trabajo, sin contar la cesantía irradiada al vasto campo de actividades subsidiarias. Como consecuencia, el gremio profesional de los arquitectos enfrenta la peor crisis de su historia.

Por estas razones, **AUCA** se suma hoy al movimiento de recuperación nacional e invita a sus lectores, colaboradores y avisadores a unirse en el mismo propósito. Abriremos la más amplia y decidida campaña en favor de una ética del consumo que nos lleve a preferir y apoyar nuestra industria propia en todos los campos, en tanto que productores, técnicos o consumidores. Porque apoyar la producción nacional es fortalecer a Chile, defender nuestro irrenunciable derecho al trabajo, hacer patria para hoy y el porvenir.

